

EL ARNÁL QUE IBA PARA CATEDRAL

Como puede verse en algunas pinturas prehistóricas, la recolección de la miel es una de las actividades humanas más antiguas y, aunque un poco más tardía, la apicultura también.

Dudamos mucho que tan antiguos antepasados estuvieran al día de las muchas propiedades beneficiosas que este producto, fruto del trabajo de las abejas, tiene para el ser humano siempre que sea natural. Que si es rica en minerales como el calcio, cobre, fósforo, hierro, magnesio, manganeso o zinc; que proporciona en torno a la mitad de los aminoácidos existentes y ácidos como el acético y cítrico entre otros. ¡Ah! Y también vitaminas B, C, D y E, más fenólicos y flavonoides que son antioxidantes. No lo sabían pero trepaban como locos a los árboles en su busca y captura. Tampoco supieron entonces que entre sus propiedades está la de regular el azúcar en sangre, reducir el estrés metabólico o promover la recuperación del sueño entre otras lindezas. No obstante, ya en 2500 a.C. nos dejaron escrito los sumerios que la miel era excelente para curar heridas.



Mujer recolectando miel.
Cueva de la Araña". Bicorp (Valencia), 8000 a 6000 a.C.

Sistemáticamente fueron viendo que la cera también era aprovechable para hacer velas y cirios con los que alumbrarse; que servía para preservar maderas, cuero y pergamino primero, y telas y papel más tarde. Aparecieron las máscaras imitando a difuntos, figuras enteras y exvotos (piernas, manos, pechos, brazos, etc.) que ofrecer a la divinidad porque les había curado de sus dolencias; desde la Edad Media se hicieron sellos para autentificar documentos importantes y se inventaron los moldes para fabricar aparatos distintos; se empleó y se emplea cera en la pintura y en la cosmética. En este caso el etcétera es larguísimo, incluida la utilización como edulcorante pues, aunque ya se conocía, la plantación de caña de azúcar en Europa no se generalizó hasta el siglo XV.

Era tan rentable este pequeño insecto que todo el país se entregó a él y nació la apicultura. Es prácticamente imposible que en la Edad Media hubiera una sola localidad que no viviera en parte de la actividad de zánganos, obreras y abejas reinas. Por doquier hubo que regular esta actividad económica dados los problemas de todo tipo que generó su tenencia y tráfico, máxime cuando los apicultores se agruparon en asociaciones poderosas y los ricos hicieron de la miel un negocio.

No nos detendremos en el proceso evolutivo que llevó al sector apícola a la total decadencia, pero lo cierto es que cuando Madoz nos proporciona las principales producciones de cada localidad antes de mediados del siglo XIX, tan solo aparecen como productoras de miel, cera o ambas cosas catorce pueblos: en Huesca (Perarrúa y Usón); en Zaragoza (Ejea, Sástago y Tabuena) y en Teruel (Alcañiz, Aliaga, Andorra, Hoz de la Vieja, Obón, Peracense, Singra, Torre las Arcas y Villar del Salz).



Exvotos de cera. Aniés.

Por otra parte, en el trabajo a punto de finalizar sobre la valoración del patrimonio de nuestros pueblos, tan solo hemos podido rastrear 19 con arnales visibles y visitables: en Huesca (Adahuesca, Almazorre, Alquézar, Barbastro, Buil, Castejón de Monegros, Colungo y El Grado); en Zaragoza (Bujaraloz, Caspe, Castejón de Valdejasa, Daroca, Maluenda, Sástago, Sos y Zuera); en Teruel (Albarracín, Híjar y Ródenas, mientras que en Báguena existe el Museo de la Miel). Entre ambos listados solo coincide Sástago. Los demás arnales, cientos y cientos, han desaparecido o se hallan en estado ruinoso e irreconocible.

Está claro, por lo tanto, que vamos a viajar para ver un bien patrimonial escaso, pero profundicemos un poco más antes de comenzar el viaje, lo que nos lleva a hablar de colmenas y arnales. Una colmena es la vivienda de una colonia de abejas y un arnal, colmenar, apiario, horno o abejar el sitio donde están colocadas varias colmenas, como si fuera un pueblo con casas de abejas.

Las colmenas –que pueden albergar cada una hasta 80.000 abejas entre obreras, zánganos y reina– adquirieron muchas formas, pero generalmente tuvieron la de una caja cuadrangular colocada sobre un soporte para separarla del suelo. Para ubicar las muchas o pocas colmenas de un propietario deben de tenerse en cuenta algunas estrategias, siendo importante hacerlo en función de la flora del entorno (tomillo, espliego, romero, etc.) en el que han de trabajar las obreras, colocarlas formando dibujos irregulares para facilitar la identificación por parte de las abejas, y procurando que haya un escenario cercano que al menos pueda suministrar medio litro de agua diario por colmena en los meses secos.

Pero las colmenas, las casas de las abejas, pueden hallarse al aire libre, sin estar agrupadas dentro de ningún recinto lo cual permite a su dueño cierta movilidad pues las puede trasladar de un lugar a otro. Sin embargo, otros apicultores levantaron pequeños edificios con materiales de construcción en general bastante pobres y con formas muy distintas también, con estanterías en su interior para colocar las colmenas, edificaciones pocas veces pegadas a la vivienda pues las más se construían en el monte, cerca de las fuentes de alimentación.



Foto: Félix A. Rivas. Arnal del Cortante.

Hora es ya de acercarnos a alguno de estos escasos bienes patrimoniales, buscando uno que haya merecido el viaje. Para ello llegaremos hasta una localidad monegrina cien por cien, Castejón de Monegros, donde más o menos temblorosos aún se pueden ver varios arnales como los de Artenes, Regino, Conejero, Campaneta, Cachenco, Cortante, Puyol y varios más.

Aunque compartido con otras localidades, Castejón de Monegros alcanza fácilmente el puesto cuarenta por el valor de su no pequeño patrimonio, lo cual hace que el viaje ya compense: además de la iglesia de Nuestra Señora de la Lumbre y un interesante retablo en su interior amén de los arnales citados, uno de los cuales iremos a ver, merecen la pena su espectacular ermita-castillo con amplias vistas panorámicas, su ayuntamiento del siglo XVI, el acueducto de La Madre, cruces, balsas, la antigua escuela, una vieja posada y varios pozos interesantes, reloj de sol, silo y harinera, amén de un sugestivo dance entre moros y cristianos, más el demonio, claro, ejecutado solo por mujeres y difícil de ver el día de nuestra excursión.

Pero no olvidemos que estamos en una de las localidades citadas por Madoz en el siglo XIX como productora importante de miel y, claro, también de cera. Así que no podrá extrañarnos que en la calle del Rosario tropecemos con una vivienda en cuyo portal luce un rótulo poco normal: “Casa de la Cera”. Se trata de una casa particular y será difícil, pero no imposible, que sus dueños nos dejen entrar para ver lo que queda, que no es poco, de una antigua factoría de cera. No obstante, Eugenio Monesma pudo hacerlo y grabar uno de sus interesantes cortometrajes al que podemos acudir si nos interesa el proceso.

Lo que sí podremos hacer es degustar miel, y no del siglo XIX, sino actual y bien rica. La milenaria tradición castejonense ha dado pie a la creación de una empresa familiar dedicada, con justa fama, a la elaboración y venta de miel, lo que nos da una oportunidad de reponer nuestra despensa.



Para ir a nuestro destino final, que no es otro que el antiguo colmenar llamado de Puyol por el apellido de su dueño, hay que hacerlo por camino rural de tierra transitable para un automóvil convencional. Como el arnal está un poco alejado del poblado y el camino no es el único existente, pues existen ramificaciones y cruces, es imprescindible asesorarse bien de la ruta a seguir en el pueblo. En nuestro caso, hasta se brindaron a acompañarnos.

Nos vamos adentrar en un paisaje típicamente monegrino. Veremos corrales y parideras en estado precario los más; mucho horizonte y pequeñas lomas rebosantes de tomillo, manzanilla y romero por doquier, amén de sabinas en abundancia. Entre su fauna diversa, no será nada extraño que veamos corriendo de miedo algún jabalí y zorro, liebres y conejos, amén de rapaces diversas volando. Si vamos acompañados de chavalines, es posibles que los vean por primera vez libres y al natural.

Seguramente que este escenario natural demandará alguna parada, pero la que hay que hacer sin ningún género de dudas debe de producirse en el momento en el que, tras una curva del camino, aparezca a lo lejos la silueta de un edificio enorme en medio de la nada. ¿No será otro Palmar de Troya? ¿Una catedral en medio del monte? La sensación no se borrará hasta pasado un buen rato, conforme nos vayamos acercando, pues ya no volveremos a perderlo de vista.

Al llegar donde dejaremos el coche para ascender andando descubriremos que es un arnal, el colmenar de Puyol, ahora ya más normal, pero enorme para ser simplemente un poblado de abejas. En el gran muro de sillería excelentemente trabajado y dispuesto en soga, se aprecian los 31 nichos de entrada de las abejas trabajadoras. Habrá que entrar en el interior donde se alineaban las colmenas. Será el momento de acordarse, para bien o para mal, de quien os ha enviado hasta allí. En su defensa, es que habremos visto una cosa, un bien patrimonial, extraordinario, precisamente lo que pretenden todas estas andanzas escritas.

